

por encima del suelo, un bajo y unas cuantas plantas, aunque, sin embargo, quede aún el ático por construir.

La estructuración del conjunto es sólida. Componen el conjunto ocho capítulos. El primer capítulo, «Noción e historia de la teología moral», muestra un buen análisis de lo que hay que entender por Teología Moral, así como de la distinción entre moral cristiana (evangélica) y ética natural, con un rápido recorrido bien logrado que concluye en el Vaticano II y las consecuencias renovadoras pedidas en el Decreto O. T. n. 16 del mismo.

Los contenidos de los restantes capítulos se dedican al *fundamento* de la moralidad; al *último fin* del hombre; a la libertad, la gracia y el *obrar humano*; a la *ley moral* como guía a la perfección y plenitud de la vida humana; a la *conciencia moral*; a las *virtudes* humanas y sobrenaturales del cristiano y, por fin, a la lucha contra el *pecado* y la conversión permanente.

En la anterior enunciación hemos subrayado, por nuestra cuenta, determinadas palabras. Con tal subrayado queremos mostrar que el estilo de la fachada del edificio construido es clásico. Aparecen los mismos tratados y casi en el mismo orden de una moral fundamental «tradicional» sin querer significar con ello reproche de envergadura. Porque la renovación, dejando lo sobrepasado y asumiendo lo actual válido, no falta y lo encontramos, si no en la fachada, sí en la distribución y decorado interior de cada planta de nuestro edificio comparativo. Ni más, ni menos.

Por eso hallamos un tratado de antropología teológica, una cristología..., en los lugares oportunos en que era necesaria la interrelación entre teología moral fundamental y teología sistemática, por imperativo insoslayable e insoslayado para las necesidades de nuestros días.

Con toda seguridad se habrá estado esperando pacientemente la publicación del «Catecismo de la Iglesia Católica» y, sobre todo, la encíclica «Veritatis Splendor» sobre Teología Moral. Los diversos aplazamientos decidirían no demorar más la edición de *La vida cristiana*. Por ello no se recogen las enseñanzas de tal par de documentos eclesiásticos de una manera explícita. Sin embargo, se puede afirmar que se da una perfecta sintonía con ambos y que, si se hubiesen conocido de antemano, no habrían modificado ni una «iota» lo expuesto en *La vida cristiana*. Se da una identificación de líneas y una yuxtaposición perfecta de planos.

Ciertamente nos hubiera gustado más una bibliografía y unas citas menos llamativamente desproporcionadas en algunas ocasiones. El índice final de autores es elocuente para iluminar este aserto.

También nos hubiera gustado que a un trabajo y a un volumen de este tamaño no se le minusvalorara editorialmente, al menos nominalmente, con la denominación de «Manual». Se trata de algo más con sus respectivos aspectos ocasionales de investigación, aunque sólo sea desde determinado punto de vista.

Por último, una pregunta: ¿Se ha pensado en otro u otros dos volúmenes de moral especial? Ruiz de Haro y sus colaboradores tendrían que animarse. Es un servicio.—GONZALO HIGUERA. Facultad de Teología. U. P. Comillas. Madrid.

P. RODRÍGUEZ - F. OCARIZ - J. L. ILLANES, *El Opus Dei en la Iglesia* (Colección Cuestiones Fundamentales), Rialp, Madrid 1993<sup>2</sup>, 346 p., 23,5×15,5 cm., ISBN 84-321-2969-0.

Como indica el subtítulo, se trata de una *Introducción eclesiológica a la vida y el apostolado del Opus Dei*.

Escrito por teólogos miembros del Opus Dei, lo prologa Mons. Alvaro del Portillo y se añaden la Constitución apostólica *Ut sit* (que lo erige en Prelatura personal, el 28 de noviembre de 1982) y los *Estatutos*.

P. Rodríguez analiza su estructura y misión, en cuanto Prelatura personal integrada por laicos y sacerdotes al servicio de la difusión de la llamada universal a la santidad en medio del mundo, considerando su inserción en la Iglesia universal y en las Iglesias particulares. Fue *Presbyterorum Ordinis*, n. 10, la que introdujo la figura de la Prelatura personal para realizar peculiares obras pastorales. Se trata de un fenómeno pastoral nuevo y, a la vez, tan viejo como el Evangelio. Además de la Prelatura en sentido estricto, incluye la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, como asociación de clérigos inseparablemente unida. Existen, además, los asociados Cooperadores. Por lo demás, el *espíritu o espiritualidad del Opus* es evidentemente una realidad operativa que le trasciende, entendido como institución. Ya desde el 2 de octubre de 1928 existía ese carisma con el *mensaje* de que *los cristianos corrientes no necesitan hacerse religiosos, pues todos los caminos de la Tierra pueden ser ocasión de un encuentro con Cristo*. Sólo se excluye, pues, del camino del Opus a los miembros de institutos de vida consagrada. Sin embargo, la presencia *orgánica* y *ministerial* de sacerdotes ha sido esencial en el Opus Dei. Y la Constitución *Ut sit* reconoce que la forma originaria de la comunidad y de la misión cristianas (su estructura interna *fieles/sagrado ministerio*) puede estructurar externamente comunidades que no sean Iglesias particulares, sino instituciones de la Iglesia universal. En el Opus se encuentran las dos formas de participar del sacerdocio de Cristo, con prioridad *sustancial* de los laicos y prioridad *funcional* del sagrado, ministerio, cuya cabeza (el Prelado) detenta la *sacra potestas*. Pero las Prelaturas personales no son, como la Iglesia particular, *ad imaginem* de la Iglesia universal, sino *ad peculiaris opera pastoralia*. Por eso, también en el Opus Dei los *compromisos bautismales* están *modalizados* por un *compromiso vocacional* propio, aunque el Fundador concebía su Obra más bien como una familia, gobernada *colegialmente*, sin clericalismos.

Ocáriz reflexiona sobre la vocación al Opus Dei como manifestación concreta de la vocación bautismal, que no «saca a nadie de su sitio». A pesar del Vaticano II, sigue arraigada la concepción de la santidad como algo al alcance de pocos. Pero no es sólo universalidad *subjetiva* (todos llamados), sino también *objetiva*: toda realidad de la vida ordinaria debe ser *medio* para santificarse. El Opus anticipó la teología del laicado. Lo que *añade* de peculiar la vocación al Opus Dei es el *cauce*, sin que comporte nueva *consagración*, añadida a la bautismal. Los Estatutos precisan las diversas modalidades de vinculación: Numerarios, Agregados (también con celibato apostólico, pero que viven con la familia ordinariamente) y Supernumerarios, sin compromiso de celibato, tanto en la rama masculina como en la femenina; pero todos con la misma vocación a la santidad y al apostolado, pues *para cada uno lo más perfecto es —siempre y sólo— hacer la voluntad de Dios*.

Illanes reflexiona sobre la secularidad como condición del cristiano corriente y, por tanto, de los fieles de la Prelatura. Este mensaje colisionaba con la identificación práctica entre llamada a la santidad y vocación religiosa. Lo nuestro —decía el Fundador— «no es el estado de perfección, sino que cada uno busque la perfección en el propio estado». La vocación laical testimonia la capacidad del Evangelio para vivificar ya ahora las realidades temporales. Se trata de *santificar el trabajo, santificarse en el trabajo y santificar a los demás con el trabajo*. Con naturalidad, sin uniforme ni distintivo alguno; porque redención y creación, santidad y mundo, eternidad y tiempo son realidades que se compenetran. *El trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor*; si no fuera así, resultaría alienante. Hay que tener la mentalidad «de un buen padre de familia numerosa y pobre». Pero se

puntualiza: *El arma del Opus Dei no es el trabajo; es la oración. Por eso convertimos el trabajo en oración, y tenemos alma contemplativa.*

Vemos, pues, que el carisma del Opus corresponde al desafío formulado por su Prelado en la Misa celebrada el 18 de mayo de 1992, tras la beatificación del Fundador: «¡Sí!, es posible *ser del mundo sin ser mundanos*; es posible permanecer en el lugar de cada uno, y al mismo tiempo seguir a Cristo y permanecer en él.» Los escritos del Fundador, profusamente utilizados en este libro, junto con los Estatutos, pueden darnos una idea más cabal de la eclesialidad del Opus Dei, superando los tópicos al uso, de modo que, aun en el caso de que no consigamos saber exactamente qué es, al menos nos formemos una idea más adecuada de lo que debe ser.—AURELIO GÓMEZ OLEA.

## NOTICIAS DE LIBROS

JEAN-PIERRE TORRELL, O.P., *Initiation à Saint Thomas d'Aquin. Sa personne et son oeuvre*, Editions Universitaires Fribourg Suisse, Editions du Cerf, París 1993, 592 p., 19×13 cm. Col. «Vestigia». Pensée antique et médiévale», n. 13.

Por difícil que parezca, se trata de un libro original y, en una medida muy alta, útil y oportuno. El título y subtítulo lo quiere significar. Iniciación a Sto. Tomás de Aquino. Su persona y su obra. Es una aproximación total. El Tomás especulativo, filósofo y teólogo ha oscurecido muchas veces al hombre y a la persona. El método escogido por el autor es sustancialmente narrativo de una existencia, en la que se somete a revisión, análisis y puesta al día de cuanto se ha dicho por los historiadores e investigadores. La persona prima sobre la obra, pero la persona en acción, lo que lleva consigo narrar cada paso de su vida, su contexto humano, social y académico. Profundizar a través de sus escritos, cómo es, cómo piensa y cómo reacciona. Descubre el autor los rasgos temperamentales de Tomás, su lado polémico cuando lucha contra sus adversarios, v. gr., en la polémica con los profesores (maestros de teología) «seculares», opuestos a la entrada en el gremio de los religiosos, dominicos y franciscanos. Igual fervor y pasión frente a sus adversarios doctrinales, no sólo los averroístas, sino toda una tradición agustiniana conservadora que se oponía a las posiciones más modernas inspiradas en el Aristóteles nuevamente descubierto. La cuestión de las influencias aristotélicas con sus derivaciones heterodoxas, las impugnaciones, condenaciones y rehabilitaciones y defensas, sobre todo a la hora de la canonización de Santo Tomás, adquieren en el libro un tratamiento pormenorizado. Aparece la tenacidad de Tomás en la defensa de Aristóteles y del mismo Averroes contra los propios y verdaderos «averroístas» (Siger). Tomás también es el «predicador», el que vierte su fe y su santidad en lo que escribe para enseñar. Un capítulo poco conocido dedicado a reseñar sus sermones «universitarios». La semblanza de Tomás no se acaba con su vida. El «día siguiente» (*le lendemain*) difícil (discusiones académicas y eclesísticas en torno a su obra y su vida) se narran y se clarifican con abundante información y seguro criterio. El autor anuncia un libro sobre la espiritualidad y santidad de Tomás de A. Cierra el volumen una depurada cronología del Santo y una amplísima bibliografía puesta al día.—L. MARTÍNEZ G.